



“Historia de Baja California”

p. 138-143

Lecciones de California

Alfonso Teja Zabre

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1962

170 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, Primera Serie 63)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 18 de noviembre de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/071/lecciones_california.html

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



HISTORIA DE LA BAJA CALIFORNIA

(por Pablo L. Martínez)

Mientras los jesuitas se empeñaban en la conquista de la California, empezaba una tormenta en su contra. El marqués de Pombal, primer ministro portugués publicó un libro denunciando el propósito de la Compañía de Jesús (huella del mercantilismo en el nombre de Compañía como la de las Indias, la Ruso Americana, la Holandesa, etcétera) de crear un reino independiente en el Paraguay.

Se extendieron rumores escandalosos respecto a las grandes riquezas que los jesuitas estaban acumulando en California, al mismo tiempo que la versión de que los indios ignoraban que eran súbditos del rey de España, y hasta se habló de un barco veneciano cargado de perlas, corales y piedras preciosas que los misioneros enviaban a Europa.

En la Nueva España, en 1760 circuló una publicación anónima en la cual se decía que los soldados de los presidios eran más bien esclavos de los misioneros porque estaban obligados a comprar a las misiones artículos indispensables a precios inmoderados; que los neófitos trabajaban como esclavos a cambio de una mezquina ración de maíz; que las minas explotadas por particulares no producían nada, mientras los padres gracias al trabajo de los indios acumulaban tesoros; que traficaban con los piratas y se oponían al establecimiento de colonos españoles independientes y que no se preocupaban por hacer saber a los indios que eran súbditos del rey de España para aparecer ellos como los verdaderos reyes.

La Compañía ofreció en vano en 1765 entregar la provincia, y no logró desvanecer la desconfianza.

Las grandes riquezas acumuladas (la administración de manos muertas del Fondo Píadoso) y la influencia frente a los gobiernos y sobre grandes porciones de población provocaron envidias y rivalidades de otras órdenes,



de políticos poderosos y hasta de monarcas, hasta llegar a la expulsión ordenada en Portugal en 1759 y en España en 1764.

(Tal vez hubo en parte también motivos dinásticos de los Borbones contra los restos del régimen de los Austrias. En la Baja California de 16 jesuitas ocho eran alemanes o flamencos).

El indio salió perdiendo con la conquista, porque con ella se inició su rápida extinción, no por culpa de los jesuitas, sino por la violencia con que se quiso cambiar a los californianos de vida física y mental... A los indígenas los mató el contacto con la cultura y las costumbres, las enfermedades y los vicios de los blancos.

Los franciscanos creían que les serían entregadas todas las pertenencias de las misiones en la misma forma que las habían tenido los jesuitas, pero fue la grande sorpresa de Serra cuando supo por Portolá que según las instrucciones del virrey, los negocios temporales deberían quedar a cargo de los comisionados militares, lo cual significaba la administración de los productos, de la ganadería y de la agricultura (y seguramente también la minería, las salinas y la pesca), o sean fuentes locales de ingresos y medios de asistencia para los indígenas.

El Colegio de San Fernando había aceptado las misiones californianas por disciplina, y al desaparecer la autoridad teocrática indiscutible que había regido la península durante 70 años, los franciscanos se encontraban cohibidos y la iniciación de sus labores en la Baja California no fue entusiasta ni brillante, y solamente sobrellevaron la situación hasta entregar las misiones a los dominicos. La salida de los jesuitas había roto el proceso del desarrollo de la civilización europea y de tal golpe no se repondría jamás el sistema misional. Decayó la fe del indio en los religiosos y al ver que éstos ya no tenían en sus manos la posibilidad de ofrecer regalos y alimentos y que el poder temporal era el ejercido por el jefe militar. Esto tuvo gran influencia en la indisciplina de los indígenas y en las disensiones entre la jerarquía religiosa y la civil.

Gálvez fue un adversario enconado de los jesuitas. En una proclama fechada el 23 de noviembre de 1768, en La Paz, dice en parte lo siguiente:

La antigüedad de las misiones en esta península, las grandes donaciones con que se fundaron, las cuantiosas limosnas y los inmensos capitales impendidos por el Real Erario... prometían hallar pueblos formales, civilizados y dichosos, pero con tanta admiración como dolor he visto después de la expulsión de los regulares de la Compañía, que estas misiones las hicieron unas meras granjas o haciendas de campo, con habitaciones sólo para el misionero y algunos sirvientes o soldados del



presidio, que los naturales de ambos sexos andaban generalmente desnudos desmintiendo lo sociable y hasta lo racional con sus bárbaras costumbres; que retirados de las marismas por los misioneros, vivían vagos en los montes para buscar raíces, semillas, frutas y animales con qué sustentarse; que privados del gran auxilio de la pesca y del buceo, en que fueron muy hábiles cuando gentiles, no hallaban equivalente recompensa en las reducciones, donde se les hacía trabajar por turnos, sin darles en muchas de ellas alimento alguno; que mirando por esto con natural horror un trabajo ingrato huían de la doctrina y miraban la sociedad como el mayor de los males.

Y en seguida habla de apurar por todos los medios y recursos humanos para reducir a todos los naturales a domicilio fijo y pueblos bien formados, con heredades propias para cultivar para que todos se mantengan de su trabajo en lo particular o en común en las misiones.

Con este propósito había dictado un reglamento para el otorgamiento de tierras a quienes se avencidaran en la provincia y para el gobierno de los supuestos pueblos.

La Orden de Santo Domingo fue la creadora del sistema de misiones, desde 1512, con el propósito de atacar las encomiendas, que se consideraban como onerosas y destructoras de los indígenas. El más ardiente partidario de las misiones fue fray Bartolomé de las Casas.

Al ser expulsados los jesuitas de California los dominicos se interesaron por obtener algún territorio en la península y lograron un acuerdo favorable del Rey en 1768. En 1772 se celebró un convenio entre franciscanos y dominicos para repartirse la California, dejando a los primeros la Alta y quedando los segundos con la Baja.

Al retirarse los franciscanos hacia el norte, el gobernador Barri los acusó entre otras cosas porque se llevaban las joyas y objetos de ornato de las iglesias, lo cual hacían en realidad con autorización superior. Los dominicos más tarde alentaron estas malévolas versiones.

* * *

El prefecto y presidente de las misiones padre Sarría se negó a jurar la Constitución por lealtad a España. El padre Esténaga pronunció un entusiasta discurso en favor de la Constitución de 24. No prestó juramento en San Francisco.

El padre Narciso Durán, sucesor de Sarría, tampoco quiso jurar la Constitución “no por odio a la independencia”, porque creía que ésta



era más provechosa a España que a México, es decir que España estaba mejor separada de México, sino porque ya estaba cansado de tantos juramentos, y sólo estaba dispuesto a jurar que no haría nada contra el gobierno establecido.

La oposición contra la República por parte de los misioneros es un hecho reconocido por todos los historiadores. Vallejo y Alvarado expresan que el resentimiento de los padres prevaleció y como colectividad, se ocuparon muy poco del progreso del territorio. Por su influencia sobre los indios aumentaron las dificultades del gobierno local. “La Corona y el clero hacían del pueblo un burro de carga” y eso no podía hacerse con los republicanos. Tarde o temprano el burro tenía que defenderse a patadas. Los padres querían dejar el territorio, pero no se les permitió llevarse las riquezas del país; por eso se encolerizaron más y predicaron en contra del gobierno. Fuera de los padres, no hubo manifestaciones en contra ni en pro de la República en aquel tiempo.

Las masas eran indiferentes. Los militares antiguos veían con disgusto el cambio. El elemento mexicano y californiano joven tenían más o menos entusiasmo por la República. Los indios no tenían oportunidades de elegir; pero su condición no mejoró con el cambio.

La religión no puede avanzar más allá de la dominación, y sólo se sostiene por medio de escoltas y presidios. Los “gentiles” infieles o paganos indios tienen que renunciar a los derechos de su independencia natural para ser catecúmenos desde que reciben el bautismo; tienen que sujetarse a las leyes casi monásticas, mientras que sus apóstoles se consideran libres de las normas que les prohíben dedicarse a negocios temporales; y los neófitos tendrían que seguir sin la esperanza de obtener plenos derechos civiles y sociales. La situación de las Misiones corresponde por su decadencia presente a los éxitos de su iniciación y requiere una reforma. Para ello se proponen algunos procedimientos de secularización que consisten principalmente en dar al gobierno civil la administración de los Fondos Piosos y secularizar paulatinamente las misiones.

La junta tenía nociones vagas o atrasadas sobre la verdadera situación de California y los más ilustrados de sus miembros usaban todavía como fuente de información los datos sobre las expediciones de Vizcaíno, Venegas, las fragatas Sutil y Mexicana y las obras de Humboldt; desconociendo más modernas, mejores y más completas fuentes de información. Los informes oficiales pedidos a los gobernadores no pasaban de datos de rutina, demorados y parciales.



Yo soy uno de los muchos laicos —dijo George Wharton James—, que amaban las misiones por ellas mismas, por su historia, por los nobles actos que evocan, por el bien que hicieron, y más aún, por lo que trataron de hacer en bien de los indios, a quienes la gente de mi raza ha tratado después en forma tan abominable.

Herbert H. Bolton: *Las fronteras españolas*

Las misiones permanecen como monumentos, no sólo de los frailes que las diseñaron, sino también de los indios que las construyeron. Los nativos, instruidos por los padres, hicieron los adobes, y labraron esos grandes bloques de piedra, formando los altos muros de varios pies de espesor, los pilares, los arcos, las torres de los campanarios, los portales de los patios. San Luis Rey, la más grande de las misiones tiene un corredor de 32 arcos abiertos sobre el patio en una extensión de sesenta metros. En los alrededores vivían tres mil indios que labraban las tierras y pastoreaban el ganado de la misión; y en las fiestas una banda de cuarenta músicos tocaba para deleite de los hombres de la tribu y de los padres misioneros. Los indios construían caminos y puentes, bajo la tutela de los padres, algunos de los cuales eran ingenieros y arquitectos; grababan las piedras de los altares y de los púlpitos, las puertas y los dinteles. La arquitectura, mezcla de los estilos morisco, romano y español antiguo, con algún rasgo azteca, fue ciertamente influida por las necesidades y las condiciones de un país virgen, y por los materiales disponibles para construir.

Alfonso Trueba: *California. Tierra perdida*

La historia de California evoca el tiempo en que nuestro pueblo se ocupaba en la grande tarea de extender la civilización hacia los confines del Nuevo Mundo. Decimos “nuestro pueblo” porque si bien la iniciativa de ocupar el suelo de California partió del rey de España, y fueron en su mayor parte misioneros de origen europeo los que tomaron a su cargo la cristianización, el material empleado en la construcción fue mexicano.

Mexicanos eran los famosos “soldados de cuero”, reputados como los mejores jinetes del mundo, que abrieron las brechas por las que caminarían los civilizadores, y que condujeron a través de inmensos desiertos los útiles necesarios para crear las nuevas formas de vida.



Mexicanas eran las familias que llevó el capitán fronterizo Juan Baustista de Anza desde Hocesitas, Sonora, hasta San Francisco, California, para establecer la primera colonia civil en la remota provincia. Mexicanos también los hombres, las mujeres y los niños que fundaron Los Ángeles y Branciforte.

Del mexicano puerto de San Blas salían periódicamente los barcos cargados de víveres, aperos de labranza, semillas para cultivo y árboles que florecerían en California. . . Mexicanos eran los soldados que guardaban las misiones; los albañiles que hicieron los primeros adobes y levantaron los primeros muros; los carpinteros, los herreros, los músicos y los pintores. De México provenía el ganado que en grandes rebaños apacentarían después los nativos de California.

* * *

En octubre de 1830 fue electo para representar a la Alta California en el Congreso, Carlos Antonio Carrillo. Llegó a México en abril 1831 y fue muy bien recibido en San Blas y otros puntos de su itinerario. Fue más activo que todos sus antecesores, según puede juzgarse por sus cartas y por su exposición dirigida al Congreso. (Exposición dirigida a la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión por el Sr. D. Carlos Antonio Carrillo, Diputado por la Alta California, sobre Arreglo y Administración del Fondo Piadoso. México, 1831. 8vo. 16 p.) Folleto de la Colección Bancroft.

Carrillo era más bien representante del capitán José de la Guerra que de los californianos, pero éste no podía haber escogido un consejero más sensato.

Carrillo se quejaba ante el gobierno nacional por la arbitraria y torpe conducta de los gobernantes enviados a California, lo cual era consecuencia principalmente de la gran distancia entre el territorio y México. Proponía como remedio separar los poderes militar y político; formular una ley orgánica, establecer tribunales y regularizar la administración de las finanzas públicas; evitar injusticias en la promoción de grados militares que se hacían en perjuicio de los californianos y nombrar y pagar cuando menos dos maestros. Carrillo encontró buena voluntad en los altos funcionarios de México, pero no se hizo nada en concreto.